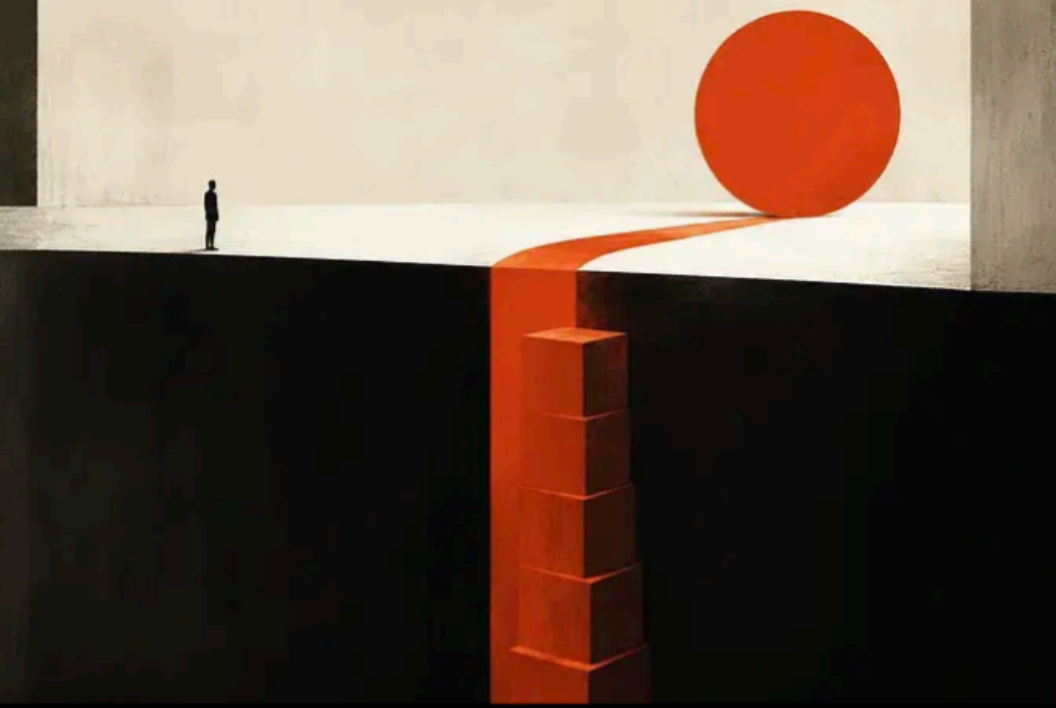

JAULA TRANSPARENTE

El título funciona como metáfora central: el privilegio como una jaula transparente que permite ver el cielo sin poder tocarlo.

"Glass CAGE."

WILBERT WUSYNTH

Author

Jaula transparente

Una novela de Wilbert Wusynth

Por Wilbert Wusynth

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Novela corta de romance erótico y drama de clase ambientada en Nueva York. Narra la historia de **Clara Vale**, heredera de veintiséis años de una dinastía financiera de tres generaciones, y **Adrián Mora**, fotógrafo de origen obrero criado en Queens. Lo que empieza como un escape clandestino se convierte en el proceso doloroso mediante el cual Clara desmonta la identidad que su familia construyó para ella.
El título funciona como metáfora central: el privilegio como una jaula transparente que permite ver el cielo sin poder tocarlo.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Jaula transparente

Capítulo 1 — La armadura de cristal

El penthouse ocupaba las tres plantas superiores de una torre de cristal en la Quinta Avenida. Desde allí, Nueva York no era una ciudad: era un mapa de luces frías, un tablero donde los coches se deslizaban como fichas minúsculas y la gente se convertía en manchas sin rostro. Clara Vale miraba esa extensión todas las mañanas, de pie frente al ventanal que iba del suelo al techo, con una taza de café que casi nunca terminaba. El vapor se elevaba y se disolvía contra el cristal. Ella también.

Tenía veintiséis años y el apellido que abría puertas y cerraba conversaciones. Vale Capital no era solo una firma; era una dinastía de tres generaciones que había aprendido a convertir el dinero en silencio. Su padre hablaba en cifras redondeadas. Su madre sonreía con la precisión de quien ha ensayado cada pliegue del rostro. Clara había crecido dentro de esa coreografía: colegios privados, veranos en Nantucket, cenas donde el afecto se medía en la exactitud de los cubiertos y en la ausencia de preguntas incómodas.

Esa mañana, como casi todas, se duchó con agua demasiado caliente, se secó con toallas que olían a lavanda cara y eligió un vestido negro de corte limpio. El armario era un museo de decisiones correctas. Mientras se peinaba, su reflejo le devolvió la misma imagen de siempre: pómulos altos, boca que sabía cerrarse a tiempo, ojos grises que parecían mirar siempre un poco más allá de lo inmediato. Nadie hubiera dicho que esa mujer pasaba las noches escribiendo en un cuaderno de tapas negras fantasías que no se atrevía a decir en voz alta.

Las escribía a mano, con tinta azul, en la cama king-size que parecía demasiado grande para una sola persona. No eran relatos pornográficos. Eran escenarios. Una habitación sin relojes. Manos que no pedían permiso pero esperaban la respuesta del cuerpo. La sensación de quitarse el apellido como se quita un abrigo pesado. A veces se imaginaba de rodillas, no por humillación, sino por el alivio de no tener que decidir. Otras veces era ella quien ordenaba, quien marcaba el ritmo, quien veía temblar a alguien que no la trataba como capital social. Guardaba el cuaderno en el segundo cajón de la mesilla, debajo de una agenda de piel que nadie abría.

El teléfono vibró. Un mensaje de su madre:

Cena en casa esta noche. El senador trae a su hijo. Vestido azul, el de Valentino. No llegues tarde.

Clara apagó la pantalla sin responder. Ya sabía lo que significaba. Partido adecuado. Alianzas. La continuidad del apellido por otras vías.

Por la tarde asistió a la inauguración de una exposición benéfica en un loft de Chelsea. El evento era de esos que su familia patrocinaba para lavar la conciencia y aparecer en las páginas correctas. Arte contemporáneo, copas de champagne, gente que se besaba en las mejillas sin mirarse a los ojos. Clara se movió entre ellos con la sonrisa justa, aceptando cumplidos sobre el vestido y sobre “lo bien que se veía el nombre Vale asociado a causas importantes”.

Fue entonces cuando lo vio.

Estaba al fondo, junto a una instalación de espejos rotos, con una cámara colgada al pecho y la expresión de quien observa más de lo que participa. No llevaba esmoquin. Jeans oscuros, camisa blanca arremangada, chaqueta de cuero gastada en los codos. Cabello castaño algo desordenado, mandíbula marcada, manos grandes que ajustaban el objetivo con una

concentración casi íntima. Adrián Mora. El fotógrafo contratado para documentar la velada. Alguien se lo había presentado de pasada minutos antes: “El chico que hizo la serie del Bajo East Side. Tiene ojo”.
Clara sintió la mirada antes de cruzarla. Cuando por fin sus ojos se encontraron, no hubo sonrisa social. Solo un segundo de reconocimiento mudo, como si él hubiera estado esperando exactamente ese rostro entre la multitud de rostros perfectos. Ella sostuvo la mirada más de lo prudente. Él no apartó la suya.
Más tarde, en la terraza exterior, el aire de octubre cortaba con precisión. Clara se había alejado del ruido con una copa casi llena. Las luces del río Hudson temblaban. Escuchó pasos detrás y no se volvió de inmediato.
—La luz de este edificio le sienta mejor que a la mayoría —dijo él.
La voz era grave, sin prisa.
Clara giró despacio.
—¿Eso es un cumplido profesional o una forma de empezar conversación?
—Las dos cosas. Y ninguna. —Adrián se acercó lo suficiente para que ella percibiera el olor a tabaco frío y a algo más limpio, como jabón barato y piel caliente—. Usted no posa. La mayoría posa incluso cuando cree que no lo hace. Usted… desaparece un poco detrás de la cara que muestra.
Ella rio por lo bajo, un sonido que casi no usaba en público.
—Eso suena peligrosamente a psicoanálisis de salón.
—Solo miro. Es mi trabajo.
Se quedaron en silencio. Abajo, el tráfico formaba ríos de rojo y blanco. Clara sintió el roce accidental de su manga contra la de él cuando ambos se apoyaron en la barandilla. Un contacto mínimo. Ella lo magnó hasta

convertirlo en una corriente que le subió por el brazo y se le alojó en la garganta.
—¿Siempre habla así a las herederas que fotografía? —preguntó ella, más baja.
—No suelo tener acceso a herederas. Y usted no parece muy cómoda con la palabra.
—No lo estoy.
Él asintió, como si eso confirmara algo que ya sabía.
—Hay una fiesta después. Privada. En un loft de alguien que colecciona arte y deudas. No es de su mundo exactamente. Si quiere… dejar de ser Vale por un rato.
Clara miró la copa. El líquido dorado temblaba con el viento.
Sabía lo que significaba aceptar. Una línea. Un vértigo.
—Dame la dirección —dijo.
Él sonrió apenas, sin triunfo, solo con una quietud que la desarmó más que cualquier seducción obvia. Le escribió el lugar en una tarjeta de visita doblada. Sus dedos se rozaron al entregársela. Esta vez no fue accidente.
Cuando Clara regresó al interior, la armadura de cristal seguía en su sitio. Pero algo se había fisurado. En el ascensor del edificio de la exposición, a solas durante seis pisos, cerró los ojos y se permitió imaginar, solo un segundo, lo que sería que esas manos grandes le quitaran el vestido sin pedirle explicaciones al apellido.
El vértigo era dulce. El alivio, aterrador.
Esa noche, en el coche que la llevaba de vuelta al penthouse para cambiarse antes de la cena familiar, abrió el cuaderno mental y añadió una imagen nueva: un hombre que la miraba como si ya hubiera visto lo que había debajo.

Capítulo 2 — El lujo como prisión

La cena en la residencia familiar de Park Avenue fue un ejercicio de precisión quirúrgica. El comedor olía a cera de abejas y a rosas blancas. El senador hablaba de reformas fiscales con la boca llena de cordero. Su hijo, un hombre de treinta y dos años llamado Edwards, tenía los dientes perfectos y la conversación de quien ha aprendido a seducir balances. Clara sonreía en los momentos correctos. Bajo la mesa, sus muslos estaban tensos.

Su madre la observaba con esa mirada que no necesitaba palabras: *Enderézate. Sé brillante. Sé útil.*

—Clara ha estado muy involucrada en la fundación este trimestre —dijo el padre, como quien menciona el rendimiento de una acción.

Ella asintió. Bebió agua. Pensó en la tarjeta doblada dentro de su clutch.

A las once y media, con la excusa de un dolor de cabeza creíble, se retiró. En el ascensor privado del edificio familiar se miró en el espejo de bronce y casi no se reconoció: había algo febril en los ojos.

El loft quedaba en un edificio antiguo del West Village. Sin portero de gala. Sin mármol. Subió las escaleras escuchando música baja y risas que no sonaban ensayadas. Cuando abrió la puerta, el aire olía a vino barato, a pintura y a cuerpos cercanos.

Adrián estaba en la cocina improvisada, sirviendo tragos. Al verla, dejó la botella y se acercó sin prisa.

—No pensé que vendrías.

—Yo tampoco.

La miró de arriba abajo. Había cambiado el Valentino por un vestido negro más simple, casi severo, y el pelo suelto.

—Mejor así —murmuró él.

Hablaron durante horas en el alféizar de una ventana abierta. Abajo, la calle estaba casi vacía. Clara le contó, a medias, sobre las cenas y el peso de las expectativas. Adrián habló de crecer en un piso pequeño de Queens, de la madre que limpiaba casas ajenas, de la cámara robada a un tío que nunca la reclamó. De cómo el arte era a la vez escape y trampa: te dejaba ver demasiado y no te protegía de nada.
—Todos tenemos cárceles —dijo él—. Las mías tienen rejas visibles. Las suyas son de cristal. Se ve el cielo, pero no se puede tocar.
Clara sintió que algo se le aflojaba en el pecho.
—A veces escribo cosas —confesó, casi sin voz—. Escenarios. Versiones de mí que no existen.
—¿Y en esas versiones qué haces?
Ella sostuvo su mirada.
—Dejo de controlar. O controlo de una forma que nadie de mi mundo perdonaría.
Adrián no sonrió con lascivia. Asintió, grave.
—Muéstrame una.
No fue inmediato. Primero fue la mano de él cubriendo la de ella sobre el alféizar. Después el pulgar rozándole la muñeca, justo donde latía el pulso. Clara se inclinó. El primer beso fue lento, exploratorio, como quien prueba la temperatura del agua. Él sabía a whisky barato y a menta. Ella abrió la boca y dejó que la lengua de él entrara con una seguridad suave que la hizo gemir contra sus labios.
Se apartaron solo lo necesario para respirar.
—Dime que pares y paro —dijo Adrián contra su boca.
—No pares.
Lo llevaron a una habitación del fondo que olía a revelador antiguo y a sábanas limpias. Había una cama baja y una lámpara de pie que dejaba todo en penumbra dorada. Adrián cerró la puerta con el pie y la acercó a la pared con una lentitud deliberada. Sus

manos subieron por los costados de Clara, sin prisa, aprendiendo el contorno. Cuando llegó al cierre del vestido, esperó. Ella asintió.
El tejido cayó. Debajo solo llevaba braga de encaje negro. Adrián la miró como se mira una fotografía que no se quiere estropear.
—Eres… —empezó, y no terminó. En su lugar, se arrodilló.
Besó el interior de su muslo. Después el otro. Las manos de Clara se enredaron en su pelo cuando la boca de él encontró el centro de la tela húmeda y sopló calor a través de ella. Un sonido escapó de su garganta, agudo, sorprendido. Nadie la había tocado así: con atención feroz y sin prisa de llegar a ninguna parte que no fuera su placer.
Adrián bajó la braga con los dedos y la lengua la encontró desnuda. Lamió con precisión, lento al principio, después con un ritmo que aprendía de cada temblor de ella. Clara apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. En su mente, el apellido se disolvía. Solo quedaba la sensación de ser abierta con la boca, de que alguien se arrodillara no por sumisión sino por hambre de su gusto.
Cuando los dedos de él entraron en ella —dos, curvados, buscando— Clara se corrió con un sollozo contenido, las uñas clavadas en los hombros de Adrián, las piernas temblando. Él la sostuvo. Besó el bajo vientre. Subió el cuerpo y la besó en la boca para que ella se probara a sí misma en su lengua.
—Todavía no he terminado contigo —murmuró él—, pero puedes decirme que es suficiente.
Clara, con la voz ronca, contestó:
—Quiero más. Pero… despacio. No sé quién soy cuando hago esto.
Adrián le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.
—Entonces lo descubrimos juntos. Sin relojes.

No hubo penetración esa noche. Solo manos y bocas y la cama que chirriaba cuando ella, más valiente, lo empujó de espaldas y exploró con la boca el contorno duro de él por encima del pantalón, después por debajo. Aprendió el peso, el sabor salado, el modo en que la respiración de Adrián se quebraba cuando ella tomaba control. Él le agarró el pelo con firmeza suave, guiándola sin forzar, y eso —esa mezcla de contención y permiso— la mojó de nuevo.

Salieron del loft cerca de las cuatro. En la calle, el aire frío le pegó en la piel todavía sensible. Adrián le ofreció su chaqueta. Ella la aceptó.

—Esto no puede… —empezó ella.

—Lo sé —dijo él—. Tu mundo. El mío. Las reglas.

—Aun así quiero verte.

Él asintió.

—Entonces nos veremos donde las reglas pesen menos.

En el taxi de regreso, Clara tocó sus propios labios. Estaban hinchados. Entre las piernas aún latía el eco del orgasmo. La fantasía ya no bastaba. Necesitaba más. Y eso la aterraba porque, por primera vez en años, algo se sentía real.

Capítulo 3 — Soledad tras la fachada

La doble vida comenzó con la precisión de un crimen bien planeado.

De día, Clara Vale asistía a reuniones de la fundación, sonreía en almuerzos benéficos y soportaba las llamadas de su madre sobre Edwards (“Es constante, Clara. La constancia es una forma de amor”). De noche, o en las grietas del calendario, se convertía en otra.

Se veían en hoteles boutique pagados en efectivo, en el apartamento de Adrián en un edificio sin ascensor de

Bushwick, en el penthouse cuando los padres viajaban a Basilea o a Davos. Cada encuentro era un robo de tiempo.

La tercera vez que se vieron, Adrián la esperaba en una habitación del Standard con las luces de la High Line entrando por la ventana. Clara entró, cerró con llave y se quedó de pie, temblando ligeramente.

—Tuve una cena horrible —dijo—. Mi madre ya habla de fechas. De alianzas.

Adrián se acercó y le quitó el abrigo con cuidado.

—Estás aquí ahora.

—Quiero que me hagas olvidar el nombre.

Él la miró con seriedad.

—Dime cómo.

Clara tragó saliva. El cuaderno mental se abrió solo.

—Quiero… que decidas. Que me digas qué hacer. Pero si digo la palabra roja, paras. Completamente.

—¿Cuál es la palabra?

—Cristal.

Adrián asintió. Le sujetó la barbilla con dos dedos.

—Entonces quítate la ropa. Despacio. Y arrodíllate en la alfombra.

La voz no era cruel. Era firme, atenta. Clara sintió un pulso violento entre las piernas. Obedeció. Cada prenda caía como una capa de la armadura. Cuando se arrodilló desnuda, el aire acondicionado le erizó la piel. Adrián caminó alrededor de ella, despacio. Le tocó el pelo, le subió la cara.

—Eres hermosa así. No como Vale. Como Clara. Abre la boca.

Ella lo hizo. Él se desabrochó el pantalón y le ofreció la erección dura y caliente. Clara la tomó entre los labios con una hambre que la sorprendió. Adrián no embistió. Dejó que ella marcara la profundidad al principio, después puso una mano en su nuca y guió el ritmo con

suavidad creciente. Babeó. Lloró un poco por el reflejo. Cuando él se retiró, un hilo de saliva la unió a él.
—En la cama. Boca arriba. Piernas abiertas.
La preparó con la boca hasta que Clara pedía con gemidos rotos. Después se puso un preservativo y entró en ella de un embiste lento y profundo. Clara arqueó la espalda. La sensación de ser llena, de ser tomada con esa atención feroz, la hizo sollozar de alivio. Adrián la folló con ritmo constante, una mano en su garganta —sin apretar, solo presente— y la otra rozándole el clítoris.
—Mírame —ordenó.
Ella lo miró. Se corrió gritando, contrayéndose alrededor de él, sin intentar modular el sonido. Adrián la siguió segundos después, enterrado hasta el fondo, el nombre de ella entre los dientes.
Después yacieron entrelazados. El sudor se enfriaba.
—Tengo miedo de que solo sea esto —confesó ella contra su pecho—. Un juguete caro para ti. Una escapatoria sucia para mí.
Adrián se tensó.
—Tengo miedo de lo contrario. De que me uses para sentir algo y después vuelvas a tu torre y yo sea solo el fotógrafo que la puso de rodillas una temporada.
El silencio que siguió fue denso. Clara habló de la negligencia elegante de su infancia: niñeras que rotaban, padres que aparecían para los logros y desaparecían para las caídas. Adrián habló de sentirse siempre el invitado en espacios que no le pertenecían, de amantes que lo habían tratado como exotismo de clase obrera.
La relación se volvió adictiva. En un encuentro posterior, en el penthouse vacío, Clara tomó las riendas. Ató las muñecas de Adrián a la cabecera con dos corbatas de seda de su padre. Se montó en él y marcó el ritmo, lenta al principio, después salvaje,

usándolo para su propio orgasmo una y otra vez mientras él gemía y tiraba de las ataduras. Cuando por fin lo liberó y lo dejó correrse dentro de ella (habían hablado de pruebas y anticonceptivos), ambos lloraron un poco, sin saber exactamente por qué.
Pero el mundo exterior no perdona las grietas.
Un martes, su madre la citó para tomar té.
—Circulan rumores —dijo con voz suave, mortal—. Un fotógrafo. Alguien inadecuado. Clara, el apellido no es un juguete. Edwards está dispuesto a formalizar. No voy a permitir que una aventura sucia destroce lo que construimos.
Esa misma noche, Adrián canceló con un mensaje seco: *Necesito espacio. Creo que estoy convirtiéndome en tu secreto sucio y no sé si puedo.*
Clara se quedó en el penthouse, sola, con el eco del último orgasmo todavía en los músculos y el miedo subiendo como marea. Se miró en el ventanal. La ciudad seguía ahí abajo, indiferente. Por primera vez en semanas, abrió el cuaderno real y escribió una sola frase:
Me vio. Y ahora no sé cómo volver a ser invisible.

Capítulo 4 — La fantasía que atrapa

La separación duró once días. Once días en los que Clara asistió a dos galas, sonrió junto a Edwards en una foto que salió en el *Times*, y por las noches se tocaba con desesperación recordando la mano en su garganta y la voz que le decía *mírame*.
Escribía sin parar. Escenarios más extremos. Ella vendada. Él decidiendo cuándo podía correrse. O al revés: Adrián de rodillas mientras ella le negaba el orgasmo hasta que rogaba. La fantasía se había vuelto trampa y refugio a la vez.

Al duodécimo día apareció frente al edificio de Bushwick bajo la lluvia. Adrián abrió la puerta con ojeras y una camiseta vieja.
—No deberías estar aquí —dijo.
—Lo sé.
Entró. Se quedaron mirándose en el pequeño salón lleno de contactos fotográficos colgados con pinzas.
—Mi madre sabe algo —dijo Clara—. Me está empujando a un compromiso. Y tú… tú me dejaste con un mensaje de mierda.
—Porque me aterra ser tu escapatoria. Porque cuando te corres gritando mi nombre siento que te tengo, y al día siguiente leo tu apellido en una revista y entiendo que nunca te tuve.
Clara se acercó.
—Entonces fóllame como si fuera verdad. Como si no hubiera torres ni apellidos. Y después hablamos.
Fue diferente esa vez. Más crudo. Más necesario. Adrián la empujó contra la pared de la cocina, le subió la falda y le bajó la ropa interior con un tirón. La penetró así, de pie, con embistes cortos y profundos mientras le mordía el hombro. Clara gritó. Él le tapó la boca con la mano.
—Silencio. Los vecinos.
Ella lamió su palma. Él gruñó y la llevó hasta el colchón en el suelo que le servía de cama. La puso a cuatro patas y la tomó con una mano enredada en su pelo, tirando lo justo para que el cuello se arquease. Con la otra mano le azotó una nalga, después la otra. Clara se empujaba hacia atrás, pidiendo más.
—Dime qué eres ahora —exigió él, jadeante.
—Tuya. Solo tuya. No soy Vale. Soy esto.
—Y yo qué soy.
—El único que me ve.

Se corrieron casi juntos, desordenados, con un ruido de piel y respiraciones rotas. Después, todavía dentro de ella, Adrián confesó contra su nuca:
—Hay algo que no te dije. Me contrataron al principio no solo para la exposición. Alguien del círculo de tu padre quería fotos “discretas” de ciertos eventos. Yo acepté el dinero. Después te vi y dejé de entregar material. Pero al principio… al principio iba a usarte también. Como acceso.
Clara se quedó helada. Se separó despacio. Se cubrió con una sábana.
—¿Me espíabas?
—Al principio era un trabajo. Después fui incapaz. Por eso tengo miedo, Clara. Porque los dos empezamos mintiendo sobre lo que éramos.
La traición no era completa, pero el hechizo se agrietó. Clara se vistió con manos temblorosas.
—Necesito pensar.
—Clara…
—No. Ahora yo necesito espacio.
Salió bajo la lluvia. En el tren de regreso a Manhattan, empapada, entendió la pregunta central que había estado evitando: ¿se amaban o se usaban para no enfrentarse a quienes eran fuera de la cama?
Esa noche, en el penthouse, miró la ciudad y sintió que la fantasía la había liberado y encerrado al mismo tiempo. Ya no podía volver a la versión anterior de sí misma. Y tampoco sabía cómo construir una nueva sin él… o con él.
Abrió el cuaderno y escribió:
El cristal no solo aísla. También distorsiona. ¿Qué soy cuando nadie me mira desde abajo?

Capítulo 5 — Lo que marca y lo que destruye

La confrontación llegó un domingo por la mañana. Su padre la esperaba en el estudio del penthouse familiar, rodeado de pantallas con cotizaciones y fotos en blanco y negro de abuelos que habían construido el imperio con manos menos limpias de lo que admitían.

—Se acabó —dijo sin preámbulos—. El fotógrafo. Las salidas. Edwards recibió una propuesta de otra familia. Si no formalizamos en tres meses, perdemos una alianza importante. Además, hay fotos. Borrosas, pero suficientes. Tu madre está destrozada.

Clara se quedó de pie.

—¿Fotos de qué?

—De ti entrando a un edificio en Brooklyn a horas indecentes. No me hagas decir el resto.

Ella respiró hondo. El cristal de la armadura crujió de una vez.

—No me casaré con Edwards. Ni con nadie que elijan ustedes.

—Entonces te cortamos el acceso. Fideicomisos. Tarjetas. El penthouse. Veremos cuánto dura tu romanticismo de clase media cuando tengas que pagar el metro.

Clara sonrió, una sonrisa cansada y nueva.

—Hazlo.

Su padre la miró como si viera a una extraña.

—Te destruyes por un hombre que no es nadie.

—No. Me construyo. Aunque duela.

Salió del estudio. En el ascensor llamó a Adrián.

—Necesito verte. Ahora. En el lugar de la primera terraza.

Se encontraron al atardecer en el edificio de Chelsea, en la misma terraza vacía donde todo había empezado. El viento traía olor a río. Adrián tenía aspecto de no haber dormido.

—Me amenazaron —dijo Clara—. Fotos. Corte de fondos. Yo les dije que sí, que cortaran.
Él palideció.
—Clara, no puedes…
—Ya lo hice. Y necesito saber una cosa. ¿Me amas o me usaste hasta donde te convino?
Adrián se pasó una mano por la cara.
—Te amé desde que te vi desaparecer detrás de tu propia cara. Y también te usé al principio. Como tú me usaste a mí para sentir que existías. Ya no sé separar una cosa de la otra. Pero si te quedas sin nada por esto, voy a odiarme.
Clara se acercó. Le tocó la mejilla.
—Entonces no me folles como escape. Fóllame como despedida o como principio. Pero en verdad.
Subieron a una habitación que Adrián consiguió con una llamada. Fue lento. Casi ceremonial. Se desnudaron mirándose. Cuando él entró en ella, lo hizo mirándola a los ojos y sin ninguna orden, sin ningún juego de poder. Solo cuerpos que se reconocían.
—Te quiero —dijo él, y la voz se le rompió—. Aunque no sepamos cómo se hace esto fuera de la cama.
—Yo también. Y tengo miedo.
Se movieron juntos, sin prisa, construyendo el placer como quien construye un puente frágil. Cuando Clara se corrió, lo hizo llorando, aferrada a él. Adrián la siguió con un gemido largo, enterrado en su cuello. Después se quedaron abrazados mientras la ciudad se encendía afuera.
No hubo promesas grandiosas. Hablaron de lo posible: ella tenía joyas que podía vender, una educación que nadie le quitaba, contactos que aún respondían. Él tenía su ojo y su cámara. Podrían irse un tiempo. O quedarse y pelear en los márgenes. El privilegio no desaparecía del todo —el apellido seguía abriendo

algunas puertas y cerrando otras—, pero ya no era la prisión completa.
Meses después, Clara vivía en un apartamento pequeño en el Lower East Side con vistas a una pared de ladrillo. Trabajaba en una galería y escribía por las noches, ya no solo fantasías, sino fragmentos de una historia que se parecía demasiado a la suya. Adrián fotografíaba bodas y, los domingos, cuerpos en la intimidad de la luz natural: el de ella, el de ellos.
A veces el sexo seguía siendo territorio de poder y reparación. Ella le pedía que la atara. Él le pedía que lo usara. Pero otras veces era solo ternura torpe, risas, la sorpresa de despertar y que el otro siguiera allí.
Una mañana de primavera, Clara se quedó mirando el vapor de la taza de café contra la ventana pequeña. Ya no había penthouse. Ya no había armadura intacta. Tenía miedo todavía. Y deseo. Y una libertad costosa que le quemaba las manos como algo vivo.
Abrió el cuaderno —el mismo de tapas negras— y escribió la última línea de esa época:
Me vio. Y yo, por fin, también me vi. El cristal se rompió. Lo que quede, lo construiremos con las manos sucias y el cuerpo despierto.
Cerró el cuaderno. Adrián se movió en la cama y murmuró su nombre. Clara sonrió, pequeña, verdadera, y volvió bajo las sábanas, donde el privilegio no mandaba y el placer, por primera vez, no necesitaba disculparse.
Fin